

CAPÍTULO XXVIII

LAS PRIMERAS COMEDIAS.—MIGUEL, PRECURSOR DE LOPE.—MIGUEL, POETA FAMOSO.—SUS AMIGOS.—MIGUEL BUSCA NOVIA.

Escritores que habían sido soldados y escritores que habían sido cautivos no faltaban en Madrid; pero ninguno de ellos podía contar tantos y tan bizarros sucesos de la vida soldadesca y de la cautividad como Cervantes. O no sirve de nada el indagar la psicología de los caracteres, ó será lógico suponer que Miguel contó de palabra y con muchísima gracia y animación lo que después narró por escrito en cuantas ocasiones se presentaron, y no tanto por ponderar sus propios méritos, aunque de los militares le gustaba jactarse con toda justicia, cuanto por persuadir á quienes le oyeran y á la más gente posible del engaño en que se vivía con respecto á las cosas de la guerra y de la criminal pereza con que se miraban los asuntos de Argel y de los piratas argelinos.

Es indudable que al contar estos sucesos y al hacer estas consideraciones, Miguel era elocuente, persuasivo, eficaz, conmovía á ratos, entusiasmaba á veces y, como sabía variar sus relatos y aderezarlos cada vez con nuevos donaires y picantes y sabrosos giros de pensamiento y de habla, muy luego se hacía con el auditorio, ya se compusiera de gente ignara ó de personas de letras y de mundo. Cuando él removía los posos de sus recuerdos, frescos y recientes, no hay que pensar si señoreaba los ánimos, inspirando al par lástima y admiración, tristeza en los pasos y trances de tragedia y alborotado regocijo en los lances de alegría.

Repasando cuanto le había ocurrido y contemplando la emo-

ción que sus relatos producían, no pudo menos de caer en la cuenta y comprender que de aquellos sucesos (como acaso ya lo pensara en Argel) pudieran componerse y aderezarse muy lindas historias. Sus amigos le animaban á ello. Él mismo veía el ansia con que el público, indiferente en general para libros de ficción ó de verso, acudía á los recién abiertos corrales de Madrid; no bastó que se abriese uno, sino que en breve fueron menester dos, el de la Cruz y el de la Pacheca.

A la gente iba complaciéndole cada vez más ver hechos representados.

Era esta una transformación consecuente y explicable del carácter nacional. Mientras un pueblo se entrega con alma y vida á la acción, según había sucedido en España bajo los Reyes Católicos y bajo Carlos V, y en tanto vivió Don Juan de Austria, nuestro último hombre de acción útil y gloriosa, para nada necesita que le representen en las tablas lo que él ve, oye ó sabe que ocurre á diario en el teatro grande de la realidad. Decae el valor y se afloja la continuidad de la acción verdadera y positiva en los mares, en los campos de batalla, en los puertos y mercados y en los gabinetes de la diplomacia y de la política, y entonces ó se crea ó aumenta el gusto y deleite que el pueblo toma en contemplar representaciones de hechos fingidos, grandiosos y memorables primero, refinados y aristocráticos después, vulgares imitaciones de la vida corriente á lo último. Hónrase Inglaterra hoy con no tener teatro nacional ni autores dramáticos que valgan la pena. Sus dramas los forjan sus generales, sus almirantes, sus diplomáticos, sus industriales y sus mercaderes. No requiere la imaginación inglesa fantasmagorías mayores que las de su intensa y potente vida. Así nos sucedió á nosotros hasta Lepanto.

Precisamente cupo á Miguel la honra de presenciar y tomar parte en el último acto de nuestro gran drama guerrero y político y de penetrar las causas que á la representación pusieron término, dispersaron la compañía y mataron al primer actor. Epílogo de toda aquella teatral historia fué el combate de la Tercera, y para que más claro se vea el cambio de la acción hecha en acción representada y menos dudas haya en este punto, Cervantes presen-

cia este glorioso epílogo desde Lisboa, y Lope, el gran transformador, toma parte en él. ¿Creéis que Miguel estuvo en Lepanto y Lope en la Tercera por un simple acaso de la fortuna? Pues en verdad que pensadas parecen estas casualidades y obedientes á un plan lógico que admiración nos infunde.

No vamos á suponer que cuanto ahora *á posteriori* vemos lo apriorizasen Cervantes y Lope; sí que obedecieron á esos ciegos impulsos que guían á los grandes autores y á los pueblos, cuándo aquellos delante, y estos detrás, cuándo al revés, para hacer las revoluciones ó las evoluciones del pensar y del sentir engendradas por los hechos y á su vez preñadas de otros hechos nuevos y nunca vistos.

Ni las comedias italianescas, plautinas y terencianas castellanzadas por Lope de Rueda, por Torres Naharro, por Alonso de la Vega: ni los arreglos de la tradición clásica hechos por Mallara, por Villalobos y Fernán Pérez de Oliva: ni el teatro medio pastoril medio cortesano de Juan del Encina, Lucas Fernández y Gil Vicente: ni tampoco las representaciones devotas breves é informes contenidas en el famoso *Códice de autos viejos* de la Biblioteca Nacional, que, gracias á la ilustración del insigne hispanista Rouanet conocemos, y en el que se ve cómo fué formándose y forjándose el lenguaje teatral y apareciendo siempre en él la figura del donaire, el bobo ó simple, del cual sintió constante necesidad nuestro pueblo, grave y estirado, sí, pero, cuanto más orgulloso, más amigo de burlarse de alguien que esté bajo y más aficionado á que haya en escena quien se fastidie, según observación de los más castizos autores cómicos que hoy aplaudimos... nada de esto bastaba á un público habituado á haber *hecho* con manos y pies en la guerra y á recorrer todo el mundo antiguo y el nuevo mundo *haciendo* bien ó mal, y que se hallaba en un estado tal de cólera, según notaba Lope, que no era posible templarla si no se le representaba, en tres horas, desde el *fiat* hasta el juicio final.

Para cumplir estos anhelos del público fueron forjándose aquí y allá truculentos comediones é informes tragedias, hijas del Romancero y de la Crónica general, como *Los siete infantes*

de Lara, El reto de Zamora, La libertad de España por Bernardo del Carpio y otras obras del fecundo sevillano Juan de la Cueva de Garoza. Sacó el bravo capitán Virués á escena los personajes más monstruosos y épicos de la historia, *La gran Semíramis, Atila furioso, Elisa Dido*. El mismo Cueva y el valenciano Micer Andrés Rêy de Artieda, dieron en el clavo y lanzaron á las tablas las criaturas más perfectas del romanticismo español teatral: Cueva, *El infamador*, primer borrón de D. Juan Tenorio: Virués *Los amantes de Teruel*, y este mismo osó hacer moverse en los tableros de la escena, la noble, la bella y arrogante persona de *Amadís de Gaula*. Soldado y poeta como Cervantes, fué Virués grande amigo suyo, y con él sin duda comunicó Miguel sus proyectos de teatro.

Para Miguel no eran desconocidos ya los mineros de donde había de fluir la vena dramática española. Aún no se había alzado con la monarquía cómica Lope, y así no cabe negar ni dudar que si Lope fué el Enviado, Cervantes fué el Precursor.

No hay en todo el teatro de Lope ningún género de obra dramática que en el de Cervantes no esté como en embrión y esbozo. Si acertó Lope á desgajar de la tradición épica española contenida en las gestas antiguas que se prosificaron en la Crónica general y en sus copias innumerables todo su teatro histórico, Cervantes lo hizo antes que él. Gran pena es que no se hayan conservado sino dos comedias de las veinte ó treinta de Cervantes que él vió representadas al mismo tiempo ó poco después de salir á luz *La Galatea*: pero estas dos obras nos hacen suponer cómo serían las demás, y de una de ellas, *El trato de Argel*, corren las alabanzas mayores en diversos libros populares de su tiempo.

La *Numancia* es la mejor y aun pudiera decirse que la única tragedia patriótica española. Salida de un viejo romance, magnificó y sublimó Miguel de tal modo el asunto de ella, que no se encuentra en nuestro riquísimo teatro nada tan vigoroso y grandilocuente. Todo es en ella anchuroso, todo está pensado con amplitud: las ideas, los caracteres, las solemnes palabras de los héroes, el trágico ambiente en que se mueven los personajes, la

intervención de figuras alegóricas, como España y el río Duero, la evocación del cuerpo muerto, la escena del conjuro... Este concepto amado como un sentimiento íntimo, esta imaginaria y querida figura que llamamos España, nadie antes que Miguel se atrevió á hacerla andar y hablar. En la *Numancia* se resume y compendia con fuerza épica irresistible la eterna historia del heroísmo español. La *Numancia* de Cervantes es la madre fecunda de Gerona, de Zaragoza, de Bilbao. Obra sin protagonista como *Las suplicantes* de Esquilo, como *Fuente Ovejuna* de Lope, en ella se siente moverse, accionar y morir á un pueblo entero. Cervantes fué el primer dramaturgo español que supo manejar muchedumbres en el teatro.

Pero no había sólo de beber en la fuente de la tradición épica española. Para buscar dramas tenía presente en el corazón y en la cabeza, fresca aún la sangre de las heridas, el drama de su triunfo y el de su cautiverio, y de él sacó dos obras, primero *La batalla naval*, que no conocemos, pero que sólo por su título nos da á entender la audacia teatral de Miguel, ni siquiera por el osadísimo Lope superada: en ella quiso representar el día grande y glorioso de Lepanto; cómo lo hizo, no lo sabemos. Que la comedia gustó, es indudable.

En cambio podemos saborear el mejor drama de los cuatro que de su cautiverio compuso, y fué el primero representado, *El trato de Argel*, de cuyo carácter autobiográfico en gran parte no cabe dudar. Habrá y hay en el teatro posterior obras más cuerda-mente compuestas, no más interesantes que *El trato de Argel*, cuadro completo y vivo de la existencia de los cautivos cristia-nos. Hay allí trozos de elocución dramática no superados después, ni aun por el mismo Lope, como la relación del corsario Mamí, verdadero modelo de lenguaje teatral, rápido y fogoso:

Nosotros á la ligera,
listos, vivos como el fuego
y en dándonos cara, luego
pico al viento y popa fuera... etc.

y escenas trágicas como el tormento del cristiano español:

Español, que en su pecho el cielo influye
un ánimo indomable, acelerado
al bien y al mal continuo aparejado...

y fragmentos líricos, como el monólogo de Aurelio en la segunda jornada:

¡Oh, santa edad, por nuestro mal pasada
á quien nuestros antiguos la pusieron
el dulce nombre de *la edad dorada!*...

y en la jornada cuarta:

Este largo camino,
tanto pasar de peñas y montañas...

En posteriores tiempos, aleccionado con la experiencia de Lope, compuso Miguel otras comedias de que ya se hablará; pero este primer arresto dramático suyo es de un valor inapreciable en nuestra historia literaria, pues acredita el certero instinto, la soberbia seguridad con que, recién llegado á España, y después de tantos años de vida turbulenta, se hizo cargo Miguel de lo que el público pedía, y supo servirle y satisfacerle. Gran indiscreción sería suponer que él pensó todo esto; pero mayor sería negar que, al hacerlo, pensado ó no, le empujó á ello la fuerza incognoscible de los sentimientos y los gustos populares por él presentidos antes que por el mismo Lope.

Cómo y cuándo se representaron estas comedias, entre las que también recordó siempre Cervantes, como su mayor éxito, la *Confusa*, que debió de ser una comedia de ruido ó de capa y espada en el tipo de la *Entretenida*, no lo sabemos de fijo. Sí que debió ser entre los años de 1583 á 1585.

Abandonada en definitiva la corte, para la cual no servía, y quizás desabrido para siempre con Mateo Vázquez y con los demás cortesanos, de quienes no vuelve á hablar hasta muy posteriores tiempos, era ya entonces Miguel conocido y amigo de casi todos los literatos de su edad.

Los que más íntimamente se relacionaron con él fueron el toledano López Maldonado, el leonés de origen ó nacimiento, pero madrileño por su crianza Pedro Láynez, el ya citado Pedro

de Padilla y un saladísimo rondeño, cuatro años más joven que Cervantes, y á quien llamaban Vicente Espinel.

Pedro Láynez, á más de poeta, era ó quería ser empleado de Hacienda, y se hallaba en relaciones amorosas para casarse con una bella y noble señora llamada doña Juana Gaitán. López Maldonado andaba muy afanoso coleccionando poesías para su *Cancionero*, que publicó en 1586. Pedro de Padilla, el improvisador linarense, después de haber pisado la corte y acaso movido por algún desengaño amoroso, estaba pasando por grave crisis espiritual, entonces muy frecuente. Los romances y glosas en que antes fuera maestro los tenía abandonados, y en cambio habíase dado á un modo nuevo de poesías devotas, de que formaba parte lo que luego llamó su *Jardín espiritual*.

Pero ninguno de estos buenos amigos influyó en el ánimo y en la manera de ser de Cervantes, como el rondeño Vicente Espinel.

Era éste famosísimo músico y así como López Maldonado encantaba por lo dulce y melodioso de su voz, entonando las canciones que él mismo componía, el gran Espinel no reconocía rivales tañendo la vihuela, á la cual aumentó la cuerda quinta, que tan necesaria es para la transición melódica desde las cuerdas finas al grueso bordón.

Nacido Espinel en aquella tierra honda de la Andalucía y en aquel pueblo semiárabe que ha creado la copla más melancólica y sugiriente de todo el canto andaluz, la rondeña, venía á Madrid á pretender un beneficio eclesiástico, más prevenido de vihuela, coplas alegres y chistes desgarrados que de ciencia teológica. Pintábase en él la España de entonces y la de siempre, donde se hace canónigo á quien toca bien la guitarra y canta con salero las rondeñas, mientras se deja abandonado ó se confía un cargo subalterno de Hacienda al poeta más grande de la nación. La originalidad y chispa observadora de Espinel debieron de ser muy gratas á Cervantes, quien toda su vida conservó un recuerdo alegre de aquel extraño y burlón personaje, en cuya conversación pasara deliciosos ratos. Pero si algo le debe, mucho más debe Espinel á Cervantes, y no puede negarse que el rondeño quiso

emular y obscurecer á su amigo, pasado el tiempo, creando en el *Escudero Marcos de Obregón* un Sancho Panza, que en vano se empina para llegar á Don Quijote.

Tuvo, pues, Cervantes, á los treinta y siete años, su momento de popularidad. Se le comprendía entre los mayores poetas de España, se buscaban sus versos para autorizar nuevos libros, se le aplaudía en el teatro. El representante y autor de comedias Pedro de Morales era su grande amigo, y lo fué toda su vida. Veneremos la memoria de este buen cómico, de quien no sabemos casi nada: él fué quien representó las comedias de Miguel; quien tuvo fe en la vocación y en el talento teatral tan bizarramente manifestado: quien prestó auxilios y ayudas de las que no se olvidan al autor *suyo*, siempre menesteroso y necesitado. Hablando de Pedro de Morales, se conmueve el viejo Cervantes en el *Viaje del Parnaso*, y de sus ojos, que ya por entonces parecían enjutos para siempre, corren dos lágrimas de gratitud:

Este que de las musas es recreo,
la gracia y el donaire y la cordura
que de la discreción lleva el trofeo.

Es Pedro de Morales, propia hechura
del gusto cortesano y es *asilo*
adonde se repara mi ventura...

Y allí, al mismo tiempo que el recuerdo de Morales le asalta el de Espinel, amigo de ambos, y le rememora en estos versos;

Este, aunque tiene parte de Zoilo
Es el grande Espinel, que en la guitarra
tiene la prima y en el raro estilo...

Y más adelante, el recuerdo de Luis Velez de Guevara, el grande y el injustamente colocado en segunda fila, evoca de nuevo en su alma desengañada y anciana la imagen de aquel que representó sus obras y dice:

Topé á Luis Vélez, lustre y alegría
y discreción del trato cortesano
y abracéle en la calle á mediodía.

El pecho, el alma, el corazón, la mano
dí á Pedro de Morales y un abrazo
y alegre recibí á Justiniano...

Leídas ya á casi todos estos autores y por ellos aprobadas y aplaudidas las prosas y versos de *La Galatea* y conseguido el privilegio real para publicarla, en 22 de Febrero de 1584, pasaron algunos meses hasta que Miguel logró hacer efectivas las pasadas ofertas de su paisano el librero Blas de Robles, quien le compró el libro en 14 de Junio del mismo año, por mil trescientos treinta y seis reales, cantidad nada despreciable, como puede comprobar quien examine otros contratos de esa clase en dicha época.

Los que estiman un mal negocio editorial la venta de *La Galatea*, no conocen á los editores españoles de aquellos tiempos ni á los del actual siquiera. Sin que citemos nombres propios, bien sabido es que todos los novelistas principiantes del día, para publicar su primera obra, aún teniendo ya sus firmas acreditadas en la prensa, han tenido que regalarla, y muchos poner dinero encima.

Titubeó mucho Miguel antes de resolverse á quien había de dedicar las primicias de su ingenio. Se le alcanzaba lo que podía esperarse de los señores de la corte y, ya impreso el libro, un suceso que en ella fué muy comentado, le hizo acordarse de alguien que quizá sabría apreciar su obra.

Había llamado Felipe II á la corte al general Marco Antonio Colonna, virrey de Sicilia. Venía el viejo soldado de Civita-vecchia á Barcelona y desembarcó en este puerto. Desde Barcelona Madrid había de atravesar todo Aragón, con prisa y escasa comodidad. Estaba el buen general hartó más grueso y pesado, por la molicie y descanso de Sicilia, que en los tiempos de las pasadas campañas. Era en el mes de Julio, y el calor fatigaba los cuerpos. Al llegar á Medinaceli Marco Antonio Colonna, rendido, el 1.º de Agosto, le tomó una calentura tan fuerte que, sin remedio que le valiera, entregó brevemente su alma á Dios, en el palacio de los duques, quienes no se hallaban allí entonees. Asistióle solamente Hernando de Durango, secretario del consejo del duque, y con él los beneficiados y presbíteros de la iglesia.

Sabiendo esta triste nueva, pensó Cervantes en Ascanio Colonna, abad de Santa Sofía, hijo del recién muerto general, bajo cuyas banderas, siendo soldado, militó Miguel en la mar-

cha de Corfú á Zante y á Cefalonia: y creyendo que una obra pensada á la italianesca en parte y en la cual había él hecho un esfuerzo para ensanchar la estrechez y ablandar la tiesura del castellano, italianizándole, no podría menos de ser gustosa á un personaje tan culto, le dirigió la dedicatoria, que no sabemos si fué agradecida, y de seguro no fué pagada en ninguna forma.

Realizaba ya Cervantes, con la publicación de *La Galatea* y el aprecio en que consiguientemente iba siendo tenido su nombre, los primeros ensueños de su vida; y como nunca fué hombre que olvidara del todo la realidad por el ensueño, pensó que le convenía casarse y establecerse, que habían concluído las errantes andanzas del soldado aventurero, y que, por lo de escritor, no le sería difícil encontrar colocación y ayudar á las endeble é inseguras ganancias de las letras. Ni siquiera quiso pensar en el matrimonio con dama ó mujer de la corte, pues en su propia casa había visto los peligros que la corte ofrece.

Hablando en familia de este asunto, saltó á conversación el nombre de unos parientes, hidalgos acomodados de Esquivias, en la Sagra de Toledo. Los Cervantes eran deudos ó parientes cercanos de los Salazar. En Sevilla y en otras partes anduvieron los dos apellidos mezclados. Cervantes de Salazar hubo que fueron discretísimos filósofos, como Francisco, y poetas delicados, como Juan, del cual presumimos que era primo de Miguel, á quien conoció en Sevilla.

Los hidalgos de Esquivias eran dos, uno D. Francisco de Salazar y otro su hermano Hernando de Salazar Vozmediano. Este tenía una hija llamada Catalina. Hablábase también de un tío ó primo, que era Salazar de segundo apellido. ¿Sabéis el otro apellido y el nombre? Era un hidalgo conocido por Alonso Quijada.